

LOS INDIGENAS EN EL SALVADOR

Segundo Montes

Hablar de indígenas en El Salvador actual suena a algo extraño, tal vez como preocupación histórica o sofisticada de algunos antropólogos. La conciencia nacional, y la vivencia cotidiana, están completamente alejadas de la problemática, convencidas de que es un problema superado, relegado al pasado o al estudio de especialistas extravagantes. Se conservan algunos signos, más que todo de carácter folklórico, en fiestas populares, danzas, disfraces para el día de la Virgen de Guadalupe, mistificados con elementos de origen hispano. En algunas poblaciones remotas todavía se ven algunas mujeres con la vestimenta indígena, como excepción. Sin embargo, todavía existen indígenas en El Salvador, aunque no conformen unidades culturales, sociales o políticas.

1. Los indígenas antes de la conquista y colonia

Los estudios arqueológicos y etnográficos no se han desarrollado suficientemente en la región que ac-

tualmente conforma la república de El Salvador. Posiblemente los restos más antiguos identificables son los petroglifos hallados en las cercanías del lago de Guija, compartido con Guatemala. Las ruinas de centros ceremoniales conocidas: Tazumal, San Andres, Cihuatán, Quelepa, entre las principales, confirman la hipótesis de que no existían grandes poblamientos indígenas en el territorio, con poder económico suficiente como para emular a los homólogos guatemaltecos u hondureños, o que su civilización y cultura religiosa no había alcanzado los niveles de aquéllos.

Grupos mayoides se establecieron en territorio salvadoreño, al oeste del río Lempa —barrera natural contra la expansión—, mientras que al este se encontraban tribus lenecas. Las continuas migraciones nahuat (pipiles) provenientes del centro de México se impusieron sobre los indígenas preexistentes y suplantaron su civilización y cultura, tomando e incorporando lo que les resulta útil, sin sobrepasar tampoco en forma importante las riberas del

lempa. Sin embargo, no conformaron una sociedad unificada, ni unidad política. A la llegada de los españoles (Barón Castro, 1978) existían cuatro grandes concentraciones, autónomas aunque tuvieran entre algunas de ellas intercambios y pactos, que comúnmente se les ha denominado como "señoríos": el de los Izalcos, el de Cuscatlán, el de los Nonualcos, más los lencas al oriente del Lempa. Sus economías eran básicamente de subsistencia, a base del maíz, los frijoles, frutas y otras verduras complementarias de la dieta, si bien los izalcos tenían cultivos de cacao y bálsamo que les suponía una posibilidad de intercambio favorable.

La conquista y sometimiento de los indígenas de El Salvador no supuso mayores dificultades para el reducido ejército de Don Pedro de Alvarado auxiliado por los mexicanos fieles que acompañaban a los españoles, por más aguerridos y bellicosos que se mostraran los indígenas, pero que carecían de unidad y potencia militar como para poder impedir o demorar la arrolladora marcha de los españoles avezados a la lucha en México y Guatemala (Díaz del Castillo, 1947).

2. Los indígenas durante la colonia

Como en el resto de mesoamérica, la encomienda fue el instrumento de dominación, sojuzgamiento y explotación que los conquistadores utilizaron para imponer su sistema, al que agregarían otra institución de carácter religioso que sancionaría y profundizaría las relaciones dominantes: el compadrazgo (Montes, 1979). Sin embargo, la re-

gión de los izalcos se vería libre, en cierto modo, de las relaciones normales de explotación y dominación, manteniendo cierto grado de autonomía socio-política entre los indígenas, con el fin de que pudieran incrementar la producción de cacao y bálsamo, producto de interés para los españoles; las encomiendas no cubrían las zonas más importantes de tales cultivos.

Si la población indígena era relativamente escasa, desarticulada en unidades socio-políticas fraccionadas —lo que les debilitaría frente a los españoles y a la reducción de la población autóctona que siguió como consecuencia de la conquista y colonia—, tampoco los españoles que buscaron residencia y propiedades en el actual territorio fueron numerosos en un comienzo, sino que se dirigirían hacia él cuando el cultivo y procesamiento del añil se convirtió en un rubro importante de la economía colonial. A pesar de todo, se mantendrían durante la colonia diversas comunidades indígenas, así como pequeños poblados "españoles", pero lo que se iba imponiendo era el proceso de mestizaje y de ladinización, que se convertiría en la característica predominante de la población al momento de la independencia: 20% blancos, 22.5% indios, 57.5% mestizos (Barón Castro, 1978:483).

Los sistemas y mecanismos de "resocialización", transculturación y de ladinización, implementados por los españoles durante el período colonial, hicieron su efecto, pero no fueron suficientes como para hacer que desaparecieran las comunidades indígenas y muchos de sus elementos de identificación étnico-cul-

tural. Las Leyes de Indias —en la medida en que se cumplieron— significaron una preservación contra la extinción de la población indígena. Pero sería principalmente el medio económico de sustentación el que mantendría las comunidades en supervivencia: la conservación de las tierras comunales, algunas de las que serían permutadas o reducidas como consecuencia de la intensificación del cultivo del "xiquilitte" para la obtención del añil.

3. La proletarización de los indígenas

El proceso de mestizaje y ladinización, con la consiguiente desaparición —o debilitamiento, al menos— de los elementos aglutinantes de las comunidades indígenas en El Salvador, se había iniciado con la conquista y la colonia, avanzaba en forma progresiva y prácticamente irreversible, dadas las condiciones objetivas ya indicadas, por lo que el hecho de la Independencia política no introduciría, por sí misma, elementos que revirtieran dicho proceso. Pero ya en el período nacional republicano se introducirían dos variables que acelerarían y consumirían el proceso de ladinización de la población indígena salvadoreña y su consiguiente desaparición como comunidad poseedora de identidad propia y diferenciante: una de carácter predominantemente económico que conduciría a la proletarización, y la otra de índole política que consumiría la desidentificación étnico-cultural.

La lucha por la tierra, como base para el acceso al poder económico, social y político, estaba en el

fondo de las ideologizadas luchas entre liberales y conservadores sostenidas durante gran parte del siglo XIX. Las tierras mantenidas en régimen de propiedad privada estaban concentradas en manos de los "criollos" (conservadores), y no era fácil ni posible arrebatárselas o lograr una reforma agraria que las repartiera con los mestizos-ladinos (liberales). Estos últimos buscarían el control del poder político para desde allí implementar medidas que les dieran acceso a la propiedad de la tierra. Primero serían las tierras que estaban en poder de la Iglesia las que pasarían a ser enajenadas a su favor, para avanzar más tarde hacia la conquista de las tierras comunales preservadas para los indígenas.

En El Salvador serían los liberales instalados en el poder los que emitirían leyes por las que se extinguían las "tierras comunales" y los "ejidos", que en adelante pasarían a ser propiedad privada. La justificación y legitimación de la medida se planteaba más bien a nivel ideológico: la modernización del sistema productivo nacional, la libertad absoluta, la productividad mayor en beneficio de la nación; pero la realidad latente era la codicia de tierras cultivables, sobre todo para el nuevo producto de importancia en el mercado mundial: el café. A las leyes anteriores se agregó la "Ley contra la vagancia", por la que a los que no tuvieran una tierra propia ni estuvieran contratados permanentemente en alguna finca, se los consideraba como "vagos" y se les obligaba a trabajar en las fincas que lo solicitaran y en las condiciones laborales propias de la época. Para dar mayor eficacia a las

medidas se creó un cuerpo especial en el campo: la policía rural.

Como consecuencia de todo lo anterior, las comunidades indígenas se vieron privadas de sus medios de subsistencia ancestrales: las tierras comunales en las que obtenían la base de sustentación básica asegurada. Arrebatada su base económica, el deterioro de su conformación étnica, cultural, social y política serían definitivos y progresivos. Pero a ello hay que agregar un elemento acelerador: careciendo de fuente de trabajo y sustentación propia, y bajo las leyes impuestas, no les quedaba otra solución que buscar —o ser forzados a— trabajar en las fincas y demás centros de producción, bajo los salarios y otras condiciones laborales que les serían impuestas. Esto es lo que he llamado proceso de proletarización, que iría desintegrando progresivamente las comunidades indígenas y debilitando su identidad (Montes, 1980: 38-83).

4. Consumación del proceso de ladinización

Los dos grupos indígenas que lograron conservar cierto grado de identidad étnica y cultural durante el proceso iniciado con la conquista y colonia, fueron los Nonualcos, en la zona central meridional del país, y los Izalcos, en el occidente del mismo. Además existían comunidades indígenas, pero sin consistencia aglutinante, sino residuos de los antiguos "señoríos", que habían logrado mantener un mínimo de supervivencia amparada en la base económica de las tierras comunales, las cofradías y otros medios propios de ellos; pero su mestizaje y ladiniza-

ción se iba profundizando y ampliando, y mucho más con la extinción de las tierras comunales.

Sin embargo, los Nonualcos y los Izalcos eran verdaderos quistes étnicos y sociales enclavados en una conformación nacional predominantemente mestiza. Su integración completa se produciría a través de un proceso de ladinización brusco y violento, de carácter político insurreccional.

Apenas estrenada la Independencia —en la que no participaron los indígenas, ni tuvieron beneficio alguno—, cuando todavía los actuales países centroamericanos estaban federados, en 1833 se subleva un dirigente nonualco, Anastasio Aquino, que pronto se convertiría en una leyenda para sus gentes, en una pesadilla para el gobierno local y para los beneficiarios de la independencia y del sistema imperante. Las reivindicaciones que se convirtieron en bandera de lucha indígena revolucionaria eran: la explotación de la mano de obra en las plantaciones y obrajes de añil, la disminución de las tierras cultivables para los indígenas, el reclutamiento y la muerte de sus hombres —a veces también de sus mujeres e hijos que les acompañaban en el campo de batalla— por el reclutamiento forzoso para las guerras permanentes entre caudillos y caciques, la Federación y los intentos segregacionistas. Durante algunos meses sus "ejércitos" tuvieron en jaque al gubernamental, conquistaron localidades de la región, e incursionaron en la ciudad de San Vicente donde habitaban muchos de los ricos añileiros. Si se convirtió, o no, en "rey de los nonualcos", si se coronó como

tal en la iglesia de El Pilar de San Vicente, o no, es algo relegado a la leyenda y a la lucha ideológica para justificar su ajusticiamiento y la masacre de gran parte de sus seguidores (Dalton, 1965; Arias Gómez, 1964).

La represión que siguió a la captura, "enjuiciamiento" y ejecución de Anastasio Aquino, pretendía sentar un precedente, dar un escarmiento, e impedir que se repitieran sucesos como el que había desestabilizado el débil poder político, social y económico en El Salvador. El hecho de ser indígena, de la región de los nonualcos, era no sólo objeto de sospecha, sino más bien sentencia de muerte o de persecución. Los que lograron escapar a la masacre y sobrevivir, emigraron en busca de lugares más seguros, en el interior del país o en el extranjero, se escondieron por tiempo prolongado, o encontraron otros medios de defenderse por el momento. La consecuencia para el tema que nos ocupa fue el proceso de ladinización de los nonualcos, ya fuera en su nuevo lugar de residencia, ya fuera en el mismo territorio nonualco, pero abandonando todo lo que pudiera identificarlos como indígenas para no ser víctimas de la persecución y de la sospecha. El vestido, la lengua, las costumbres, la organización social, cultural y política anteriores tuvieron que ser abandonados, o relegados a la clandestinidad, si querían sobrevivir. El proceso fue irreversible para los nonualcos, a los que en la actualidad no les quedan más que los rasgos faciales y la nostalgia del pasado.

Un siglo más tarde, en enero de 1932, en la región de los izarcos se produciría un levantamiento

campesino, con fuerte componente indígena. El dirigente máximo de los izarcos, José Feliciano Ama, se plegó al movimiento insurreccional, en busca de una mayor autonomía política y económica para su etnia. Ideológicamente también fue legitimada la represión al levantamiento como si se tratara de una revolución comunista; las causas más profundas estaban en la gran depresión mundial de esos años, que había dejado sin trabajo ni medios de subsistencia al campesinado proletarizado en las fincas cafetaleras, carentes de tierras para siembras de granos básicos, así como en las aspiraciones indígenas hacia una reivindicación étnica. Durante tres días lograron dominar cinco poblaciones de la zona de los izarcos, pero no pudieron hacer frente al ejército y a la Guardia Nacional, que entraron a sangre y fuego e implantaron un régimen de terror en la zona, con un saldo de unos 30.000 muertos, en su mayoría indígenas, lo que representaba el 28.55% de la población estimada en la región (Montes, 1979; 177-198).

El último grupo indígena consistente e integrado, poseedor de larga tradición y cierto grado de autonomía, la que había preservado su cultura e identidad por más tiempo, sería sometido a un proceso de consumación de ladinización. No sólo sus máximos dirigentes, sino gran parte de la población indígena adulta, sobre todo masculina, e incluso muchas mujeres y niños, serían exterminados. Algunos lograron buscar refugio en otras regiones del país, o traspasarían las fronteras hacia Guatemala y Honduras, abandonando su identidad. Los que permanecieron en la región se convir-

tieron en objeto de sospecha y de cacería, por lo que cualquier signo de identificación indígena era su peor aliado. Junto con el vestido tendrían que renunciar a la lengua, a sus tradiciones, a su cultura, a su integración social; hasta la fecha no han logrado reaglutinarse como pueblo, y sobreviven pasivos, suspicaces, cerrándose a recordar el pasado o a comentarlo; únicamente también sus rasgos fisionómicos son un indicio de un pasado que no ha podido ser desarraigado.

El proceso de unificación nacional, de uniformización de su población, ya fuera a través del mestizaje en las bases sociales mayoritarias, o de ladinización entre los restos indígenas supervivientes, se había consumado, a costa de la sangre y el exterminio masivo de la población indígena: el genocidio se había consumado en aras de la cultura occidental y de la civilización, supuestamente "cristianas".

5. Los indígenas salvadoreños en la actualidad

Al caminar por las calles de San Salvador o de otras grandes ciudades, por las plazas y mercados, por los barrios pobres y marginados, se aprecian rostros y rasgos marcadamente indígenas. En el interior del país, por las zonas de mayor raigambre indígena, la densidad de señales se acrecienta. Nunca puede uno estar seguro si son étnicamente indígenas, o el mestizaje ha tatuado profundamente sus rasgos más característicos. En algunas poblaciones menores, principalmente en la zona de los izalcos, todavía se ven "indias refajadas", en minoría ciertamente, que se atre-

ven a desafiar el proceso, más que todo en una época en que el ser indígena ya no significa peligro alguno para el sistema y para los intereses dominantes. Pero son rasgos casi folklóricos, para un escaso turismo que busca curiosidades sentimentales o que se reinterpreta y explota en fiestas y en danzas adulteradas por intereses ajenos a los de los propios indígenas. Sólo alguno que otro anciano —cada vez ya quedan menos— se atreve a reconocer que conoce alguna que otra palabra nahuatl, o que puede hablar un poco el idioma que ya se le está olvidando; la mayoría niega firmemente conocer el idioma, aunque tal vez lo hablen en la intimidad de su rancho. Las cofradías, en otro tiempo instrumento de organización, jerarquía y mantenimiento de la estructura social y cultural, privadas de su base económica de sustentación (la tierra) y de recursos monetarios suficientes, así como sospechosas siempre de ser vehículo de identificación y autonomía, atentatorias a la integración nacional, se han reducido en su mayor parte de actividad a la organización de actos religiosos, principalmente los de la Semana Santa, aunque preservan una exclusividad étnica y a su interior se mantienen vínculos de solidaridad y estructuración social propios.

En la aguda crisis orgánica que padece El Salvador, desde finales de la década de los 70, los grupos indígenas que en otro tiempo fueron los más conscientes, activos y revolucionarios se mantienen al margen del conflicto, sin que éste deje de afectarlos. Los movimientos y organizaciones campesinas que dieron base a las fuerzas insurgentes no

tienen raíces ni vínculos con los grupos indígenas supervivientes. Las zonas que en otro tiempo fueron las de agitación (nonualcos e izalcos) son en la presente crisis pasivas y de escasa o nula conflictividad, aunque últimamente hay bases y acciones guerrilleras por la región de los nonualcos. Se trata de explicar la pasividad revolucionaria, o su apatía, a veces, como consecuencia del excarmiento padecido en sus respectivos levantamientos insurreccionales. Sin desprestigiar ese aspecto, parece que más decisivo ha sido el hecho de que las condiciones materiales —el deterioro de sus condiciones de vida y de trabajo— no han sido tan dramáticos como en la zona norte del país —de campesinos depauperados—, por lo que el elemento de conciencia es más difícil de despertar en medio de un sistema represivo como el prevaleciente en El Salvador.

En los últimos años ha surgido un débil movimiento indigenista, arraigado principalmente en el occidente del país —zona de los izalcos— aunque no exclusivamente, denominado Asociación Nacional Indígena Salvadoreña (ANIS), con una filiación de 1,800 miembros, según sus propios datos. Este movimiento, fundamentalmente reivindicativo, está asociado en la Unidad Popular Democrática (UPD), movimiento centrista, que firmó un Pacto Social con el Partido Demócrata Cristiano (PDC), para servir de base social del mismo en las elecciones de 1984 y 1985, que llevarían al poder presidencial, congresista y municipal a dicho partido, a cambio de algunas concesiones de índole secundaria en puestos administrativos, y de promesas de reformas y

acceso privilegiado a la tierra. Tal opción política, como grupo minoritario dentro de una asociación mayor ubicada en la base de un partido con escaso poder, revela, por un lado, la debilidad del movimiento indigenista y, por el otro, la orientación ideológica prevaleciente en la única asociación indigenista, para confirmar un pacto socio-político de esa índole (Montes, 1984: 172; *passim*).

A pesar de todo, su poder es tan insignificante que no han podido lograr que se esclarezca mucho menos que se juzgue y sentencie a los culpables— de la matanza de por lo menos 74 indígenas de una cooperativa de la zona de los izalcos, afiliada a ANIS, ocurrida en la finca "Las Hojas" el 22 de febrero de 1983 (ECA, 1983: 242-5).

Las comunidades indígenas en El Salvador, como se ha visto, su organización e identidad étnicas, son cosas del pasado, de la historia. No es de extrañar, por tanto, que la mayoría de los salvadoreños sean totalmente ignorantes del tema y del problema, o lo tomen como una curiosidad casi morbosa. Se ha consumado plenamente el genocidio cultural de los indígenas en El Salvador.

San Salvador, 8 de octubre de 1985

BIBLIOGRAFIA

- Arias Gómez, Jorge; "Anastasio Aquino, Recuerdo, Valoración y Presencia"; en *La Universidad*, revista trimestral de la Universidad de El Salvador, enero-junio 1964, No. 1-2, Año LXXXIX, Editorial Universitaria, San Salvador, El Salvador, C.A. págs. 61-112.
- Barón Castro, Rodolfo; *La población de El Salvador*; UCA-Editores, San Salvador, 2a. edic., 1978.

- Dalton, Roque; *El Salvador* (Monografía); Enciclopedia Popular, La Habana, 1965.
- Díaz del Castillo, Bernal; *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva-España*; en Biblioteca de Autores Españoles, Tomo XXVI, *Historiadores Primitivos de Indias, II*; Atlas, Madrid, 1947, págs. 1-317.
- Montes, Segundo; *El compadrazgo, Una estructura de poder en El Salvador*; UCA-Editores, San Salvador, 1979.
- Idem; *El agro salvadoreño (1973-1980)*; Depto. de Sociología y Ciencias Políticas, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas; San Salvador, 1980.
- Idem; *El Salvador: Las fuerzas sociales en la presente coyuntura* (enero 1980 a diciembre 1983); Depto. de Sociología y Ciencias Políticas, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas; San Salvador, 1984.
- ECA: *Estudios Centroamericanos: "Sangre y tierra"* (W.Z.); Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, revista mensual, No. 413-414, marzo-abril 1983, Año XXXVIII, págs. 342-5.